

Honorable azufaifo

La movilización para salvar un 'gingoler' descubre otros casos y formas de arboricidios

Ignasi Viladevall-Palaus



"Un poco más de sensibilidad: eso es el progreso humano. Es decir, un poco más de inteligencia" Azorín

Son tiempos extraños. Se inventan *árboles artificiales* como barrera para frenar el cambio climático y se tiene noticia de árboles amenazados y de talas inminentes o aun consumadas. Todo lo que somos capaces de temer puede llegar a ser real. La fiebre de la especulación del suelo nos deja invadiéndonos de sorpresas. El progreso es ajeno al mundo de los valores de la ecología. Ahora bien; el día de mañana la humanidad va a arrepentirse pues la sensibilidad evolucionaria. "Cosas que antes dejaban indiferentes hoy nos dan pena o angustian". Que soportamos un conflicto de intereses entre el proceso de degradación del planeta y las presiones de ciertos grupos económicos es una afirmación lo bastante plausible.

Estos últimos días un anciano árbol barcelonés es la prueba fehaciente

de ese choque de intereses. Se ha hecho famoso de la noche a la mañana. Hablamos del encofetado y poderoso azufaifo ('gingoler') situado en un solar de la calle Arimón. Su vida ha entrado en capilla. Una licencia de construcción puede quitarle el derecho a la vida. Casi todas las licencias solicitadas se conceden. Estamos apuntados a un modelo de desarrollo tóxico. Según la gerencia del distrito de San Gervasi se construirá la parcela entera ya que el ejemplar no está catalogado. Estremece saberlo. Cuando un poder local promete trasplantar un árbol por el cual la ciudadanía se interesa se suele jugar con la ignorancia puesto que esto es prácticamente imposible. Vamos a ver: el trasplante es una operación muy delicada: las posibilidades de éxito son nulas sobre todo en árboles añosos. Al descubrir la magnitud del engaño, algunas personas quedan despechadas. Manejar el desconocimiento como recurso implica que sociedad y poder soportan un proceso acelerado de cretinización.

¿Recuerdan lo ocurrido el pasado año en Madrid con el proyecto de reordenación del eje Prados-Recoletos? Aconteció que quienes prometían trasplantar aquellos famosos árboles sabían que era imposible realizarlo con garantías. Aclarado esto, volvamos al azufaifo. Hoy lo importante es que la calle Arimon no sea una simple suma de edificios ni un simple lugar de paso del tránsito. Ahí la desproporción entre el asfalto y el arbolado se hace evidente. Es una vía donde falta la presencia de aquello que Forestier llamaba *tierra viviente*. Si bien todo es contingente y relativo, la pérdida de unas parcelas que antes fueron jardines y huertas resulta inadmisible. Hay quien se ha hecho la ilusión de poner a salvo el menor rastro de vida vegetal. Se respira un ambiente de movilización. Aunque en el fondo se presiente que algo dramático va a producirse, se recogen firmas y se pegan carteles en tiendas y porterías. Se teme que se está fraguando la desaparición del venerable azufaifo. Un árbol que ha dado su verde un año y otro año durante cien años no merece esto. ¿Qué va a pasar? Nadie lo sabe. Prohibido sentir entre tanto la inutilidad de la protesta. Dentro de un siglo la evolución de la sensibilidad habrá hecho de toda tala un acto intolerable.

Este año está siendo un mal año para los árboles. En la plaza Molina las obras de prolongación de los andenes de los FGC se han llevado por delante cinco vistosos jaboneros de China, y en su lugar se han trasplantado las tres imponentes acacias de Constanti-

aire puro que cada árbol produce para protegernos. Sabemos que un ejemplar puede llegar a absorber hasta una tonelada de CO₂ a lo largo de su vida. El planeta no puede prescindir de ellos. "Mañana no habrá persona que pueda soportarlo".

La preservación del arbolado cobra especial relevancia en las cartas de los lectores de *La Vanguardia*: las encinas del Tibidabo, las robinias del Guinardó, los plátanos del Eixample, los álamos de los jardines del Laberint d'Horta... han sido objeto de una digna y sentida rememoración. No se puede hacer síntesis de una síntesis. El territorio soporta todas las especulaciones posibles y el lector está de ello hasta la coronilla. No hay confianza en las decisiones municipales. En Sitges hallamos la demostración. Decía una lectora que el alcalde se había comprometido por escrito a respetar un 60% de los 310 pinos del bosque de las Bruixes, y al final del primer mandato sólo quedaban 10. Pues bien: coincidiendo con la disolución del pleno estos diez últimos pinos han sido talados. Adiós a todo esto. Esas y aquellas copas teñidas todo el año de preciosidad han desaparecido. "Ya no se oye a los pájaros por la mañana. Se han ido", decía Nuria Vidal desde la Blanca Subur. Hay silencios como soledades. Conste que esto no es un adorno, sino una verdad como un templo. El pinar que aún pone un poco de verde y de alegría en la playa de L'Aiguadolç vive igualmente amenazado. No se sabe cuanto le queda. Se tiene la impresión de que la especula-



El árbol favorito del ex alcalde Joan Clos

En la presentación del libro *Arbres de Barcelona* Joan Clos afirmaba: "El gingoler no és un arbre corrent a Barcelona, de fet n'hi ha poquíssims, iestic segur que no hi ha gaires ciutadans capaços d'identificar-lo". Es verdad: corría el año 1999 y la ciudad contaba con 4 tristes ejemplares. Dos en los jardines de la Universitat, uno al lado del palacete Albéniz y otro en el jardín de Aclimatació. Este árbol que se cultiva desde la época de los romanos por sus frutos dulces que se emplean para hacer confitura viene a utilizarse preferentemente en parques. Actualmente tenemos seis ejemplares más. Uno está en la plaza Joaquim Xirau, dos en los jardines de Massana, en Sant Andreu, y tres más en los jardines de las Infantas, en Les Corts. Ninguno de estos ejemplares se puede comparar con el azufaifo que vive en una antigua parcela de la calle Arimón. Por la belleza de su imparable ramificación merece no sólo un respeto, sino una reverencia versallesca.



Proteger el arbolado es preocupación habitual de los lectores del diario

nopla que había al otro lado. Veremos que ocurre. Recordemos que los imponentes tilos de la pradera del Turó Park fueron ya víctimas de unas obras mal planificadas. Aquello pudo haberse evitado. Y todavía hay algo más en relación a las remodelaciones públicas: en la colosal ampliación de la plaza del ayuntamiento de La Roca del Vallés se ha herido de muerte a dos pinos centenarios situados en can Torrens. Uno está agonizando, y el otro, trampa malamente. Les han destrozado las raíces. Las palas se han metido donde no debían. Así no se trabaja. Una plaza rural ha de tener un ambiente y una gracia capaces de despertar simpatía y admiración. Sin una trama humana no se va a ninguna parte. En los árboles las personas tienen depositados sentimientos. Mal presagio para los pinares, encinares y madroñales de can Planas, que aguardan la acometida del plan general. En tanto el CO₂ aumenta en la atmósfera, la aplicación de ciertos proyectos que se van por los mismos cerros de Úbeda podría tener un impacto desastroso. Muchos pueblos crecen con unas proporciones desmesuradas, y ante ello el Parlamento Europeo ha empezado a mostrarse alarmado. Algunos proyectos de urbanización no responden a necesidades reales. Para crecer de modo armónico se necesita tiempo y reflexión. Esto significa evaluar el

ción del suelo se impondrá a la fuerza. Se infiere que a las *fuerzas de progreso* no deben gustarles los pinos. Toda población que crece burla planes y escamotea ordenanzas. No aprecia la verdadera grandeza del entorno. La Norma Granada (se trata de una ordenanza general de medio ambiente para evaluar la responsabilidad civil por daños producidos al arbolado) se aplica sin rigor. Al menos la ambigüedad o la arbitrariedad subsisten como impresión final. Todas las cosas que han ocurrido ocurrirán de nuevo, no una vez sino incontables veces. Dentro de cien años la destrucción vegetal llenará de veras de horror. "Las cosas que hacían sufrir no son las mismas que ahora provocan el sufrimiento". El sentir humano evoluciona.

Vivimos una época gris y contradictoria. Se diseñan árboles falsos y se destruyen árboles verdaderos. Quién lo entiende. La gente amiga de los árboles tiene motivos para apelar al sentido común. Se ha movilizado para plantar cien millones de ejemplares. Ello va más allá de la dialéctica de los gigantes y los molinos de viento ya que ahí la ilusión es una imperiosa necesidad del planeta. Mientras la construcción sea la mayor fuente de ingresos de los poderes locales no se irá por buen camino. Peor aún: se estará coqueteando con el Apocalipsis. No se puede vivir sin árboles. ●

El centenario azufaifo ('gingoler') de la calle Arimon (donde nació el alcalde Hereu) está en peligro

de desaparecer, como lo ha hecho la casa que lo acogía. Su destino es una incógnita

JORDI BELVER